

ELISABETH Y LAS ROSAS

2º - 3º

Había una vez, hace mucho tiempo, una niña llamada Elisabeth, hija del rey Andreas II de Hungría y de la reina Gertrud. Era una niña encantadora, pura de corazón y tan buena, que todas las personas en la corte la querían. A diferencia de muchos niños de la realeza, ella no era vanidosa y era tan amable con los sirvientes pobres de la cocina como lo era con los nobles caballeros o damas.

Con 5 años fue llevada a Alemania para comprometerse con su futuro marido Ludwig IV de Turingia. Allí la educan y la tratan muy bien en un gran castillo en lo alto de una colina. Ludwig y ella juegan y se quieren mucho.

Elisabeth pasaba sus días aprendiendo muchas cosas, entre ellas la música. Tenía una institutriz que le contaba historias de otros países. Además, también jugaba con muchos niños de la nobleza que vivían en la corte. Le encantaba jugar con la pelota o a perseguirse o cantar canciones con los otros niños mientras corrían entre las flores en los jardines reales. A Elisabeth le encantaba estar en la naturaleza, escuchaba, absorta, el canto hermoso de los pájaros en los árboles y arbustos. Observaba a las abejas que zumbaban volando de flor en flor, llenando sus patitas con polen. Y se deleitaba con las mariposas, las que volaban delicadamente entre las flores.

De entre todas las flores que había en los jardines reales, a Elisabeth le gustaban especialmente las rosas. Olía su dulce perfume y suavemente acariciaba sus pétalos aterciopelados. Frecuentemente, juntaba un gran ramo de rosas para llevarle a su madre: rojas, blancas, rosadas y amarillas. Le encantaban todos sus hermosos colores, pero su color preferido era el rojo.

Ocurrió una vez que, cuando Elisabeth era todavía una niña pequeña, -quizás ocho o nueve años-, que su institutriz la llevó un día al pueblo. Fueron cabalgando, Elisabeth en su hermoso y fino poni, y la institutriz en una calmada yegua gris. Esta era la primera vez que Elisabeth conocía el pueblo, y sus ojos se hacían cada vez más y más grandes con todas las cosas nuevas que veía.

Conforme iban cabalgando lentamente a través de la plaza, algunos niños que habían estado jugando cerca, corrieron hacia Elisabeth y su institutriz. Elisabeth los miró fijamente (nunca había visto niños como éstos). Sus ropas estaban todas rotas, iban descalzos, y estaban cubiertos de polvo y suciedad. Peor aún, estaban pálidos y flacos, no eran para nada como sus amiguitos de la corte del palacio.

- *"Por favor, tenemos hambre - ¿nos puedes dar algo de comer?"* suplicó un niño, estirándole la mano. Los otros niños se apiñaron alrededor de él esperanzados.

Elisabeth se quedó mirando al niño, a sus ojos hambrientos, y a su mano delgada y sucia. Estaba tan impactada que no supo qué decir. Sin hacer ruido, la institutriz tiró el poni de Elisabeth fuera del camino y les gritó a los niños:

- *“¡Fuera mendigos!” “¡Regresen a sus calles sucias y no nos molesten más!”*

Elisabeth volteó su cabeza para mirar una vez más a los niños, y conforme iban desapareciendo se dio cuenta de que estaban decepcionados. Su institutriz estiró rápidamente de su poni, y dándole una buena patada a su propio caballo, desapareció de la vista de los niños.

Pero Elisabeth no se olvidó de lo que había visto. Las caras sucias de los niños mendigos se quedaron dentro de ella y la preocupaban. Los niños de la corte, al ver su tristeza, le preguntaron qué ocurría. Pero cuando les contó sobre los pobres niños hambrientos, estos se rieron y burlaron.

Los adultos de la corte no eran mucho mejores. Elisabeth se armó de coraje y le preguntó a su institutriz si podían llevar un poco de comida a los niños mendigos. Pero, otra vez, se rieron de ella y su madre, la Reina, le dijo que no volviera a hablar más sobre el asunto.

Elisabeth decidió entonces no contarle a nadie lo que pensaba, pero también tomó la decisión de hacer algo para ayudar a esos niños. Una noche, después que su madre le había dado el beso de buenas noches en su cama, Elisabeth se escurrió fuera y se deslizó hacia la cocina. Los inmensos corredores estaban silenciosos, el único sonido era el del muchacho de la cocina que estaba roncando frente al fogón. Silenciosamente, Elisabeth fue hacia las canastas de pan y, levantando su camión de dormir, lo llenó con buñuelos. Empezó a regresar en puntitas de pies por los corredores, cuando ...¡se encontró con su madre!

- *“¡Elisabeth! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué llevas allí?”* preguntó su madre seriamente.

Elisabeth dejó caer su camión – pero en lugar de que cayeran buñuelos sobre el piso de piedra, cayeron rosas rojas.

A la edad de 14 años Elisabeth se casó con Ludwig y tuvieron 3 hijos. Ludwig era amable con ella, así es que llegó a amarla, pues le permitía donar comida de los pobres y a los enfermos que vivían en el valle, lejos del sol.

Como regalo de bodas, Ludwig le dio a Elisabeth un espejo con una imagen del Cristo en un lado, y con un espejo en el otro lado. Elisabeth pasaba mucho tiempo mirando la imagen del espejo, contemplando la cara del Cristo. Conforme pasaron los años, su cara se fue haciendo más y más pura y más radiante, y con el tiempo ella llegó a ver al Cristo en ambos lados del espejo.

Le suplicó a su esposo para ayudar a los pobres, pero, aunque él era un buen hombre, era débil de carácter y no quería desagradar a su familia y a los nobles, a los que no les importaba

en lo absoluto la gente pobre. Así es que una vez más, Elisabeth decidió hacer algo, y cada día distribuía entre los mendigos canastas con comida, ropa y mantas, los que se apretaban contra las paredes del castillo.

Los nobles de Ludwig se burlaban de ella, y le preguntaban si es que acaso quería volverlos a todos ellos tan pobres como los mendigos.

- *"No puedo disfrutar de las riquezas y de las cosas finas cuanto hay otros sufren tantas carencias,"* decía Elisabeth e ignoraba estos comentarios rudos. Pero Ludwig estaba fastidiado por el descontento de sus hombres.

Un día, él siguió a Elisabeth fuera de los portones del castillo, y vio hacia dónde se dirigía y lo que estaba haciendo. La alcanzó justo cuando llegó a las chozas de unos campesinos pobres.

- *"¡Elisabeth! ¿Robas de nuestra comida para dárselo a estas personas?"* le preguntó Ludwig.

Elisabeth se dio la vuelta y vació la canasta junto a los pies de su esposo. Muchas, pero muchas rosas empezaron a caer, suavemente sobre sus pies. Ludwig recogió una y la miró sorprendido, mientras Elisabeth continuó con sus obligaciones. Nunca más volvió a cuestionar las acciones de su esposa.

Pero un día, mientras que estaba atendiendo a los pobres, Elisabeth se encontró con un hombre viejo particularmente abandonado. Estaba envuelto, desde la cabeza hasta los pies, con vendajes que apestaban, y su miseria era tan grande que ningún otro mendigo se atrevía a acercársele. El corazón de Elisabeth se llenó de misericordia.

- *"Pobre hombre - ¿puedo ayudarlo? Déjeme llevarlo a mi castillo donde podré darle unas hierbas y buena comida para que pueda recuperarse."*

Elisabeth ayudó al anciano que, tambaleándose, avanzó con ella hacia el castillo. Su enfermedad causó mucho miedo entre los sirvientes y entre los nobles, que huyeron al verlo. Pero esto no le importó a ella, quien llevó al viejo hombre a su dormitorio y lo ayudó cuidadosamente a que se echara en su propia cama, en la cama que compartía con su esposo. Le cambió los vendajes apestosos y le bañó su piel llena de heridas. Le dio sopa y le dio hierbas para ayudarlo a sanar, y pronto el anciano se quedó dormido. Elisabeth puso las mantas sobre el anciano y sopló la vela. Al rato, Ludwig abrió de un golpe la puerta del cuarto.

- *"¿Qué es lo que he escuchado? ¿Qué has puesto a un leproso apestoso en nuestra cama? ¡Esta vez fuiste muy lejos, Elisabeth!"*

Gritó Ludwig, mientras que avanzaba furioso hacia la cama. Llevaba una antorcha encendida, y cuando llegó a donde estaba el anciano, tiró de las mantas. La luz de la antorcha de Ludwig

cayó sobre la cara del anciano, pero no era la devastada cara del viejo leproso la que lo miró a Ludwig, sino la cara serena y amorosa del Cristo.

Ludwig se quedó inmóvil, asombrado y estupefacto. Reuniendo coraje, cubrió al viejo hombre otra vez, se volteó hacia Elisabeth, quien estaba silenciosamente parada a su lado y le dijo:

- *“A través de ti y de tus actos de amor lo he visto a Él.”*

A los 20 años, Ludwig tiene que marchar a las Cruzadas y más tarde muere de unas fiebres en Italia. A partir de ahí la familia de su marido ya no la quiere en la Corte y se quieren deshacer de ella, no sin antes entregarle una buena cantidad de dinero para vivir con sus hijos y criadas, dinero que utiliza principalmente para la caridad.

Elisabeth vivió sólo 24 años. Hasta el final continuó ayudando a los pobres y a los enfermos, haciendo todo lo posible para disminuirles sus sufrimientos y utilizando su dinero para construir hospitales.

En los últimos años de su vida, estaba un día en su jardín cuidando de su rosal rojo favorito, cuando miró hacia arriba y vio a un hombre joven y radiante que se le acercaba. Una gran paz llenó su corazón conforme lo miraba.

- *“¿Vienes con nosotros?”* él le preguntó.

- *“Sí, ya es tiempo. Deseo tanto unirme a ustedes,”* y lo siguió hacia las nubes, mientras que su rosal floreció con tantas rosas como jamás había tenido antes.

Cuando los sirvientes del castillo encontraron el cuerpo de Elisabeth descansando pacíficamente bajo el rosal, éste estaba completamente cubierto con pétalos rojos de rosas.

A los cuatro años de su muerte fue santificada.

Leyenda antigua
Traducción de P. Bastida

ACTIVIDAD

Hacer rosas con papel de seda rojo. Para cada flor:

1. Cortar 6 pedazos de papel de seda en rectángulos de 6 pulgadas por 8 pulgadas.
2. Poner los rectángulos uno sobre otro, y doblarlos como acordeón, empezando con uno por el lado más largo.
3. Atar el centro del papel doblado con un limpia-pipas verde
4. Suavemente jalar cada pedazo de papel hacia adentro, separando cada pedazo de papel del resto, formando así los pétalos de las flores.